



NOVENA A LA INMACULADA
CONCEPCIÓN DE LA
BIENAVENTURADA
VIRGEN MARÍA



– MADRE AMABLE –

Mater Amabilis (5 de diciembre)

Oración inicial

Por la señal ✠ de la Santa Cruz, de nuestros ✠ enemigos, líbranos Señor ✠ Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor, Dios nuestro, por un designio misterioso de tu providencia, completas lo que falta a la Pasión de Cristo con las infinitas penas de la vida de sus miembros; concédenos que, a imitación de la Virgen Madre dolorosa, que estuvo junto a la Cruz de su hijo moribundo, así, nosotros permanezcamos junto a los hermanos que sufren para darles consuelo y amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para contemplar

Lc 1,45–56: El Magníficat manifiesta humildad y amor.

⁴⁵ Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

⁴⁶ María dijo:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, ⁴⁷ *se alegra* mi espíritu *en Dios, mi salvador*; ⁴⁸ *porque ha mirado la humildad de su esclava*.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
⁴⁹porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: *su nombre es santo,* ⁵⁰*y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.*

⁵¹ Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, ⁵²*derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes,* ⁵³*a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.*

⁵⁴*Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia* ⁵⁵*-como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».*

⁵⁶ María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

Otros textos para contemplar

Salmo 66,5: “El Señor santificó su Tabernáculo”.

Jn 19,23–27: “Ahí tienes a tu madre”.

Para meditar

Píldoras de Tradición

San Luis María Grignon de Montfort nos recuerda que: María es “la más amable de las criaturas”.

San Bernardo y san Alfonso María de Ligorio destacan, entre las muchas cualidades y atributos de la Virgen María, su ternura maternal hacia los Apóstoles, los discípulos y las Santas mujeres; hoy extrapolable en una ternura especial hacia todos los fieles, hijos suyos.

Meditación

- Jesús nos dio a su Madre como Madre nuestra.
- Madre amable, acogedora, de mirar misericordioso.
- Aprender a tratar y amar más y mejor a Nuestra Señora.

I. La Virgen se convirtió en Madre de todos los hombres en el momento en que consintió, libremente, en ser Madre de Jesús, primogénito entre muchos hermanos. Esta maternidad de María sobre nosotros es superior a la maternidad natural humana¹ pues, al dar a luz corporalmente a Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico, que es la Iglesia, engendró espiritualmente a todos sus miembros, a todos nosotros, siendo Cristo la fuente de toda vida espiritual: "habiendo llevado en su seno al Viviente, afirma el Concilio Vaticano II, María es Madre de todos los hombres, en especial de los fieles"².

Cuando Cristo fue clavado en la Cruz, estaban junto a Él: María, su Madre; San Juan, el discípulo amado; y algunas santas mujeres. Es entonces cuando el Señor dirigió a su Madre esas palabras que tanta trascendencia han tenido y tendrán en la vida personal de cada hombre, y hoy y ahora están llamadas a tener dentro de cada uno de nosotros: *"Mujer, dice a la Virgen, he ahí a tu hijo; luego dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre"*³.

¹ Cfr. R. GARRIGOULAGRANGE, La Madre del Salvador, p. 219.

² CONC. VAT. II, Const. Lumen gentium, 53.

³ Jn 19, 27.

Impresiona y conmueve ver a Cristo olvidado de sí: de sus sufrimientos, de su soledad. Sobrecoge el inmenso amor a su Madre: no quiere que se quede sola; ve su dolor y lo asume dentro de su Corazón para ofrecerlo también al Padre por la redención de los hombres. Conmueve el gesto de Jesús para con todos los hombres, buenos y malos, incluso encallecidos por el pecado, representados en Juan. Nos da a su Madre como Madre nuestra. Jesús nos mira a cada uno, y nos dice: Ahí tienes a tu Madre, trátala bien, acude a Ella, aprovecha este don inefable.

En aquellos momentos, cuando Jesús consumaba su obra redentora, María se unió íntimamente a su sacrificio por una cooperación más directa y profunda en nuestra salvación. La maternidad espiritual de la Virgen Santísima fue confirmada por Cristo mismo desde la Cruz⁴.

Ahí tienes a tu Hijo. "Ésta fue la segunda Natividad. María había dado a luz en la gruta de Belén a su Hijo primogénito sin dolor alguno; ahora da a luz a su segundo hijo, Juan, entre los dolores de la Cruz. En este momento padece María los dolores del parto, no sólo por Juan, su segundo hijo, sino por los millones de otros hijos suyos que la llamarán Madre a lo largo de los tiempos. Ahora comprendemos por qué el Evangelista llamó a Cristo su hijo primogénito, no porque tuviera más hijos de su carne, sino porque había de engendrar

⁴ JUAN PABLO II, Enc. Redemptoris missio, 7-XII-1990, n. 23.

muchos otros con la sangre de su corazón"⁵; con un dolor redentor, lleno de frutos, pues estaba unido al sacrificio de su Hijo. Comprendemos bien que la maternidad de María sobre nosotros, siendo de un orden distinto, es superior a la maternidad de las madres en la tierra, pues Ella nos engendra a una vida sobrenatural y eterna.

Ahí tienes a tu hijo. Estas palabras produjeron un aumento de caridad, de amor materno por nosotros, en el alma de la Virgen; en el corazón de Juan, un amor filial profundo y lleno de respeto por la Madre de Dios. Éste es el fundamento de una honda devoción a la Virgen.

Podríamos preguntarnos qué lugar que ocupa la Virgen en nuestra vida. ¿La hemos sabido acoger como Juan? ¿La dejamos con frecuencia sola? ¿La llamamos muchas veces Madre, Madre mía...? ¿La tratamos bien?

II. Maternidad quiere decir solicitud y desvelo por el hijo. Y esto se da en la Virgen por todos los hombres. Intercede por cada uno y obtiene las gracias específicas y oportunas que necesitamos. Jesús dice de sí mismo que es el Buen Pastor que llama a sus ovejas, a cada una por su nombre, *nominatim*⁶; algo parecido sucede con la Virgen, Madre espiritual de todo hombre y mujer en

⁵ F. J. SHEEN, Desde la Cruz, Subirana, Barcelona 1965, p. 18.

⁶ Cfr. Jn 10, 3.

particular. Lo mismo que los hijos son diferentes y únicos para su madre, así somos todos para Santa María. Ella nos conoce bien, nos distingue en la lejanía de cualquier otro, nos llama por nuestro nombre con un acento inconfundible. Su maternidad alcanza a la persona entera, al cuerpo y al alma. Pero su acción maternal, sobre el cuerpo también, está orientada "a restaurar la vida sobrenatural en las almas"⁷, a la santidad, a una identificación más perfecta con su Hijo. En esta tarea maternal, la Virgen es la colaboradora por excelencia del Espíritu Santo, Aquel que da la vida sobrenatural y la mantiene.

Esta maternidad de María no es la misma para todos los hombres. María es Madre de un modo excelente de los bienaventurados del Cielo, que ya no pueden perder la vida de la gracia. Es Madre de modo perfecto de los cristianos en gracia, porque éstos tienen la vida sobrenatural completa. Es Madre de quienes están alejados de Dios por el pecado mortal, con los que ejerce su misericordia continuamente para atraerlos a la amistad con su Hijo; por eso, la Virgen es nuestra mayor ayuda en todo apostolado. Nuestra Señora es también Madre de aquellos que incluso no están bautizados, ya que están destinados a la salvación, pues Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad⁸.

⁷ Cfr. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 61.

⁸ Cfr. J. IBAÑEZ-F. MENDOZA, *La Madre del Redentor*, pp. 237238.

La Virgen, Madre por excelencia, tiene siempre para nosotros una sonrisa en los labios, un gesto acogedor, una mirada que invita a la confianza; siempre está dispuesta a entender lo que ocurre en nuestro corazón; en Ella debemos descargar las penas, aquello que más nos pesa. Ella se hace querer por todos, es amable por excelencia: "se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el afligido, perdón el pecador"⁹.

Especialmente en las dificultades, o cuando no tenemos los medios que necesitamos, en las tentaciones, en posibles momentos de desvarío, debemos acudir confiadamente a Ella: Madre, Madre mía: ¡muestra que eres Madre! Lo hemos dicho tantas veces... Repítelo hoy: *Monstra te esse matrem*!

Quizá en alguna ocasión nos encontremos enfermos del alma, y acudiremos a Ella *Salus infirmorum*, salud de los enfermos con la seguridad de no ser rechazados. Ninguna experiencia, por dura y negativa que pueda ser o parecer, nos debe desalentar. Siempre encontraremos en Ella a la Madre amable, acogedora, de mirar misericordioso, que nos recibe con ternura y facilita incluso hace más corto el camino que perdimos. Y si arrecian las dificultades, en el alma o en la vida corrien-

⁹ SAN BERNARDO, Homilía en la octava de la Asunción, 2.

te, la llamaremos con más fuerza, y se dará prisa para protegernos. "¡Madre! Llámala fuerte, fuerte. Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias; y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha"¹⁰.

III. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa¹¹. ¡Cómo envidiamos a Juan! ¡Cómo se llenó de luz aquel nuevo hogar de Santa María! "Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como Madre nuestra (*Monstra te esse Matrem*. Himno litúrgico *Ave maris stella*)"¹².

Quizá podría ser éste el propósito para hoy, un día más de la Novena a Nuestra Madre: contemplar a María en casa de Juan, ver la extrema delicadeza que tendría con la Madre de Jesús, las confidencias llenas de intimidad... Y meterla nosotros en la propia vida: mirarla como la miraba el discípulo amado, acudir a Ella

¹⁰ J. ESCRIVA DE BALAGUER, Camino, n. 516.

¹¹ Jn 19, 27.

¹² J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 140.

en todo con confianza filial, quererla al menos como la quiso Juan. ¡Qué fácil es querer a Santa María! Nunca, después de Jesús, ha existido ni existirá criatura alguna más amable. Se ha dicho de María que es como una sonrisa del Altísimo. Nada defectuoso o imperfecto o inacabado encontramos en su ser. No es alguien lejano e inaccesible: está muy cerca de nuestra vida de todos los días, sabe de nuestros ajetreos, de lo que nos preocupa, de lo que necesitamos... No temamos excedernos en nuestro amor a María, pues nunca la amaremos como la Santísima Trinidad, que la amó hasta hacerla Madre de Cristo. No temamos excedernos, porque sabemos que Ella es "un regalo del Corazón de Jesús moribundo"¹³.

El Señor desea que aprendamos a quererla siempre más; que tengamos con Ella los detalles de delicadeza y de amor que Él hubiera tenido en nuestro caso: jaculatorias, mirar con frecuencia sus imágenes ¡se puede decir tanto en una mirada, que nos lleva de la tierra al Cielo!, desagraviarla por el olvido en que la tienen algunos de sus hijos, acudir a Ella en la menor necesidad, rezarle con amor el Ángelus, el Santo Rosario... "Entre todos los homenajes que podemos tributar a María afirma San Alfonso María de Ligorio, no hay ninguno tan grato al Corazón de nuestra Madre como el implorar con frecuencia su maternal protección, rogándole que nos asista en todas nuestras necesidades par-

¹³ Cfr. PIO XII, Enc. Haurietis aquas, 15V1956, 21.

ticulares, como al dar o recibir un consejo, en los peligros, en las tribulaciones y las tentaciones. Esta buena Madre nos librará ciertamente de los peligros, con sólo rezar la antífona *Sub tuum praesidium* ("Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios..."), o el Avemaría, o con sólo invocar su santo nombre, que tiene un poder especial contra los demonios"¹⁴. Ella, como todas las madres, experimenta un especial gozo en atender a sus hijos necesitados.

Sabemos que "después de la peregrinación de este destierro, nos esperan sus ojos misericordiosos y sus brazos, donde nos encontraremos, en lazo indisoluble, con el Fruto de su vientre, Jesús, que ganó la gloria para sí, para su Madre y para todos los hermanos que nos acogemos a su misericordia"¹⁵.

Sancta Maria, Mater amabilis, ora pro eis..., ora pro me.
Enséñame a quererte cada día un poco más.

Nos dicen los Papas...

Redemptoris Mater 23.

Si el pasaje del Evangelio de Juan sobre el hecho de Caná presenta la maternidad solícita de María al comienzo de la actividad mesiánica de Cristo, otro pasaje del mismo Evangelio confirma esta maternidad

¹⁴ SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, Las glorias de María, III, 9.

¹⁵ L. M^a HERRAN, Nuestra Madre del Cielo, Palabra, 2^a ed., Madrid 1988, p. 102.6 de diciembre

de María en la economía salvífica de la gracia en su momento culminante, es decir cuando se realiza el sacrificio de la Cruz de Cristo, su misterio pascual. La descripción de Juan es concisa: «*Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su madre. María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo*". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19, 25-27).

Sin lugar a dudas se percibe en este hecho una expresión de la particular atención del Hijo por la Madre, que dejaba con tan grande dolor. Sin embargo, sobre el significado de esta atención el «testamento de la Cruz» de Cristo dice aún más. Jesús ponía en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo, del que confirma solemnemente toda la verdad y realidad. Se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella *emerge* de la definitiva maduración del *misterio pascual del Redentor*. La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como madre. Este hombre junto a la Cruz es Juan, «el discípulo que él amaba»¹⁶. Pero no

¹⁶ Es conocido lo que escribe Orígenes sobre la presencia de María y de Juan en el Calvario: «Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios; ninguno puede percibir el significado si antes no ha posado la cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María

está él solo. Siguiendo la tradición, el Concilio no duda en llamar a María «*Madre de Cristo, madre de los hombres*». Pues, está «unida en la estirpe de Adán con todos los hombres...; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles»¹⁷.

Por consiguiente, esta «nueva maternidad de María», engendrada por la fe, es consecuencia y *fruto del «nuevo» amor*, que maduró en ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo.

SS. Benedicto XVI, 8 de diciembre de 2010

La mirada de María es la mirada de Dios dirigida a cada uno de nosotros. Ella nos mira con el amor mismo del Padre y nos bendice. Se comporta como nuestra «abogada» y así la invocamos en la Salve, Regina: «*Advocata nostra*». Aunque todos hablaran mal de nosotros, ella, la Madre, hablaría bien, porque su corazón inmaculado está sintonizado con la misericordia de Dios. Ella ve así la ciudad: no como un aglomerado anónimo, sino como una constelación donde Dios conoce a todos personalmente por su nombre, uno a uno, y nos llama a resplandecer con su luz. Y los que, a los ojos

como Madre»: *Comm. in Ioan.*, 1, 6: PG 14, 31; cf. S. Ambrosio, *Expos. Evang. sec. Luc.*, X, 129-131: CSEL, 32/4, 504 s.

¹⁷ CONC. VAT II. Const. dogm. *Lumen gentium*, 54 y 53; este último texto conciliar cita a S. Agustín, *De Sancta Virginitate*, VI, 6: PL 40, 399.

del mundo, son los primeros, para Dios son los últimos; los que son pequeños, para Dios son grandes. La Madre nos mira como Dios la miró a ella, joven humilde de Nazaret, insignificante a los ojos del mundo, pero elegida y preciosa para Dios. Reconoce en cada uno la semejanza con su Hijo Jesús, aunque nosotros seamos tan diferentes.

¿Quién conoce mejor que ella el poder de la Gracia divina? ¿Quién sabe mejor que ella que nada es imposible a Dios, capaz incluso de sacar el bien del mal?

Queridos hermanos y hermanas, este es el mensaje que recibimos aquí, a los pies de María Inmaculada. Es un mensaje de confianza para cada persona de esta ciudad y de todo el mundo. Un mensaje de esperanza que no está compuesto de palabras, sino de su misma historia: ella, una mujer de nuestro linaje, que dio a luz al Hijo de Dios y compartió toda su existencia con él. Y hoy nos dice: este es también tu destino, el vuestro, el destino de todos: ser santos como nuestro Padre, ser inmaculados como nuestro hermano Jesucristo, ser hijos amados, todos adoptados para formar una gran familia, sin fronteras de nacionalidad, de color, de lengua, porque existe un solo Dios, Padre de todo hombre.

¡Gracias, oh Madre Inmaculada, por estar con nosotros siempre! Vela siempre sobre nuestra ciudad: conforta a los enfermos, alienta a los jóvenes, sostén a las familias. Infunde la fuerza para rechazar el mal, en

todas sus formas, y elegir el bien, incluso cuando cuesta e implica ir contracorriente. Danos la alegría de sentirnos amados por Dios, bendecidos por él, predeterminados a ser sus hijos.

Para profundizar en la fe

María es Madre de la Iglesia y de cada discípulo.

MARÍA, MADRE DE CRISTO, MADRE DE LA IGLESIA

963. Después de haber hablado del papel de la Virgen María en el Misterio de Cristo y del Espíritu, conviene considerar ahora su lugar en el Misterio de la Iglesia. «Se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor [...] más aún, "es verdaderamente la Madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza" (LG 53; cf. San Agustín, *De sancta virginitate* 6,6)"». "María [...], Madre de Cristo, Madre de la Iglesia" (Pablo VI, *Discurso a los padres conciliares al concluir la tercera sesión del Concilio Ecuménico*, 21 de noviembre de 1964)

La maternidad de María respecto de la Iglesia TOTALMENTE UNIDA A SU HIJO...

964. El papel de María con relación a la Iglesia es inseparable de su unión con Cristo, deriva directamente de ella. "Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra

de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte" (LG 57). Se manifiesta particularmente en la hora de su pasión: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por voluntad de Dios, estuvo de pie, sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de madre que, llena de amor, daba amorosamente su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima que Ella había engendrado. Finalmente, Jesucristo, agonizando en la cruz, la dio como madre al discípulo con estas palabras: -Mujer, ahí tienes a tu hijo (Jn 19, 26-27)» (LG 58).

965. Después de la Ascensión de su Hijo, María "estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones" (LG 69). Reunida con los apóstoles y algunas mujeres, "María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra" (LG 59).

TAMBIÉN EN SU ASUNCIÓN

966. "Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida en la tierra, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo y enaltecida por Dios como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte" (LG 59; cf. Pío XII, Const. ap.

Munificentissimus Deus, 1 noviembre 1950: DS 3903). La Asunción de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos: «En el parto te conservaste Virgen, en tu tránsito no desamparaste al mundo, oh Madre de Dios. Alcanzaste la fuente de la Vida porque concebiste al Dios viviente, y con tu intercesión salvas de la muerte nuestras almas (*Tropario en el día de la Dormición de la Bienaventurada Virgen María*).

ELLA ES NUESTRA MADRE EN EL ORDEN DE LA GRACIA

967. Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad. Por eso es "miembro supereminente y del todo singular de la Iglesia" (LG 53), incluso constituye "la figura" [*typus*] de la Iglesia (LG 63).

968. Pero su papel con relación a la Iglesia y a toda la humanidad va aún más lejos. "Colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su obediencia, su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia" (LG 61).

969. "Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio

fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos. En efecto, con su ascensión a los cielos, no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna [...] Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora" (LG 62).

970. "La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia. En efecto, todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres [...] brota de la sobrea-bundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de ella saca toda su eficacia" (LG 60). "Ninguna creatura puede ser puesta nunca en el mismo orden con el Verbo encarnado y Redentor. Pero, así como en el sacerdocio de Cristo participan de diversas maneras tanto los ministros como el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios se difunde realmente en las criaturas de distintas maneras, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas una colaboración diversa que participa de la única fuente" (LG 62).

2677¹⁸. *Madre que intercede y ama con ternura materna.*

¹⁸ Recogido en el día primero de la novena.

2678. La piedad medieval de Occidente desarrolló la oración del Rosario, en sustitución popular de la Liturgia de las Horas. En Oriente, la forma litánica del *Acáthistos* y de la *Paráclisis* se ha conservado más cerca del oficio coral en las Iglesias bizantinas, mientras que las tradiciones armenia, copta y siríaca han preferido los himnos y los cánticos populares a la Madre de Dios. Pero en el Avemaría, los *theotokía*, los himnos de San Efrén o de San Gregorio de Narek, la tradición de la oración es fundamentalmente la misma.

2679. María es la orante perfecta, figura de la Iglesia. Cuando le rezamos, nos adherimos con ella al designio del Padre, que envía a su Hijo para salvar a todos los hombres. Como el discípulo amado, acogemos en nuestra intimidad (cf. *Jn* 19, 27) a la Madre de Jesús, que se ha convertido en la Madre de todos los vivientes. Podemos orar con ella y orarle a ella. La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María. Y con ella está unida en la esperanza (cf. LG 6869).

2679¹⁹. *María es modelo de esperanza y de fe; en ella la Iglesia contempla la aurora de la nueva creación.*

Para agradecer a María...

Párate y piensa: ¿Cuánto rezo en mi día a día?
¿Cuánto hay de oración en mi vida? E intenta comenzar

¹⁹ Recogido el día quinto de la novena.

a rezar el Rosario si todavía no lo haces... tal vez un misterio, por alguna intención o alguna persona que sepas que lo pueda necesitar. Y si ya lo rezas, haz lo posible por rezarlo con algún amigo, algún familiar; en comunidad.

Para presentar a María...

Hoy pide especialmente por todas las familias. Primero por la tuya propia: esposo, esposa, hijos, padres, hermanos, etc... Y pide por todas las familias divididas, los matrimonios rotos, los que estén pasando por un mal momento; y por todas aquellas familias y matrimonios por los que nunca nadie pide.

Oración final

¡Oh, Dios!, que por la Inmaculada Concepción de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, te rogamos que, así como la preservaste a Ella de toda mancha por la muerte prevista de tu mismo Hijo, así también nos concedas que, mediante su intercesión, lleguemos limpios de toda culpa a tu presencia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. Amén.



MADRE DE FILERMO